

SACERDOTES - PROFESORES

Luis M. Ugalde, S. J.

El tema tiene vibración de actualidad y no es para menos, pues nuestro pueblo está huérfano de sacerdotes. Los ataques principales a los sacerdotes-profesores no parten de las trincheras enemigas de la Iglesia. El afán renovador que vivimos en la Iglesia impone una revisión de vida sincera y cruda de los múltiples aspectos de la formación y trabajo de los sacerdotes católicos. Lo exige el momento.

Al mirar a los colegios católicos dirigidos por sacerdotes surgen las preguntas acusadoras: ¿Es justo que mientras haya miles y millones de almas que carecen de la mínima asistencia sacerdotal, éstos se dediquen, en número considerable, a enseñar Matemáticas, Física o Geografía en un colegio? ¿No traicionan tales sacerdotes (aunque inconscientemente) su misión sacerdotal? ¿No es injusta la Iglesia al permitir que sus riquezas sobrenaturales se concentren en un sector privilegiado mientras que al lado se secan y resquebrajan las almas por falta de quien les lleve a Dios? ¿Puede tolerar una planificación racional del apostolado que

los colegios absorban numerosos brazos sacerdotales dedicándolos a la enseñanza de materias profanas?

Estas preguntas no las inventamos, sino que las recogemos del ambiente. Ellas plantean tres problemas: 1.—El sacerdote-profesor frente a su misión específica de evangelizar y administrar los sacramentos. 2.—La concentración de sacerdotes en los colegios frente a la obligación de llevar la gracia a todos. 3.—La dedicación de numerosos sacerdotes a un mínimo sector de la niñez y juventud frente a una planificación racional del apostolado, con la determinación de prioridades y con una estrategia establecida seria e inteligentemente. Trataremos de estudiar los tres puntos ordenadamente.

El sacerdote-profesor ¿traiciona su vocación?

Nadie duda de que la misión específica del sacerdote no es la de enseñar Matemáticas, como no es dirigir una hacienda o vender periódicos. El Concilio Vaticano II nos recuerda una verdad por demás conocida: "Los presbíteros... en virtud del sacramento del Orden, han sido consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, según la imagen de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote (Hbr. 5, 1-10; 7, 24; 9, 11-28), para predicar el Evangelio y apacentar a los fieles y para celebrar el culto divino" (Constitución Dogmática sobre la Iglesia, Capítulo III, Nº 28). De manera que el sacerdote es un consagrado a las tareas sobrenaturales. Ese es su trabajo específico. Más adelante la misma Constitución detalla: "Los que recibieron el orden sagrado, aunque algunas veces puedan tratar asuntos seculares, incluso ejerciendo una profesión secular, están ordenados principal y directamente al sagrado ministerio por razón de su vocación particular" (Cap. IV, Nº 31). Como se ve, no es incompatible con el sacerdocio el enseñar materias profanas, pero **este ejercicio de la cátedra profana debe estar subordinado y en función de la dedicación principal y directa del sacerdote a su ministerio sagrado.**

Es evidente, aunque muchos lo ponen en duda, que el ministro de

Dios que ejerce una cátedra dispone de un excelente medio de establecer contacto orientador con sus alumnos. El puesto de profesor se presta al planteo de dudas y problemas que casi siempre entrañan un contenido religioso. Conocemos personalmente no pocos sacerdotes que, ayudados del prestigio de una clase bien dada y del acercamiento a los alumnos que trae el contacto diario, son centro de continuas consultas de orden espiritual. Precisamente gracias a sus clases logran entrar en comunicación con sectores juveniles que se escapan a la influencia de otros sacerdotes.

Hoy, que vivimos en la hora de la adaptación del sacerdote al medio; hoy, que se reanuda la experiencia heroica de los sacerdotes-obreros en su laudable intento de acercamiento de la levadura a la masa, es de más urgencia que el sacerdote se acerque a la juventud. Este acercamiento no se produce (por ley general) en Venezuela a través de la parroquia. Seguramente no por culpa de la parroquia, que es la casa abierta para todos, sino porque están faltando hombres que les lleven a los jóvenes la voz de Dios a donde están ellos y les brinden la acogida de su casa parroquial. Ordinariamente, en las parroquias los jóvenes de 13 a 24 años sólo hablan por el silencio de su ausencia. Sin embargo, es la edad en que cursan secundaria y Universidad, y etapa en que fraguan las decisiones-guías de su vida. La atmósfera que respira nuestra juventud es la atmósfera estudiantil con su problemática propia. Ellos no vendrán espontáneamente a nuestra parroquia. Es la Iglesia la que debe ir a su encuentro.

Como nos lo exhorta el Papa, "la Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio" (Paulo VI en *Ecclesiam suam*). El mismo Sumo Pontífice, unos párrafos más adelante, nos dice con palabras llenas de tacto e inteligencia cuál ha de ser el estilo de este diálogo: "Desde fuera no se salva al mundo. Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hace falta hacerse una misma cosa hasta cierto punto, con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el men-

saje de Cristo, hace falta compartir —sin que medie distancia de privilegios o diafragma de lenguaje incomprensible— las costumbres comunes, con tal que sean humanas y honestas, sobre todo de los más pequeños, si queremos ser oídos y comprendidos. Hace falta, aun antes de hablar, oír la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible, y cuando lo merece, secundarlo. Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el momento mismo que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio." (Ibidem)

A la luz de estas enseñanzas nos preguntamos: ¿No es un excelente medio para penetrar en el mundo estudiantil la cátedra que nos lleva al corazón mismo de su campo de actividad? Sobre todo, hay materias, como Psicología, Biología, Filosofía, Historia, etc., que tienen más relación con el misterio humano y que, por tanto, se prestan a que el sacerdote toque las fibras más auténticas de la juventud ansiosa de Verdad y de Bien. La comunicación establecida en la clase deberá continuarse fuera de las aulas en reuniones, charlas, debates, excursiones o en la confidencia del diálogo personal.

Insistimos en la proyección extra-cátedra que debe tener el sacerdote-profesor. De lo contrario, el profesor prevalecerá sobre el sacerdote y de esta forma no se dedicará "principal y directamente" al sagrado ministerio como lo pide la Iglesia. Tal vez hay sacerdotes que ponen el acento en el oficio de profesor y olvidan que Dios los llamó y los eligió para que le entregaran su tiempo y su talento.

El problema de las dos verdades

Hay otro aspecto capital del apostolado del sacerdote-profesor, sobre todo en las cátedras universitarias: nos referimos al apostolado de testimonio. Al estudiante que proviene de un colegio católico se le presenta el problema de las dos verdades: la verdad religiosa, la que le enseñaron en el colegio como respuesta plena y definitiva

a la búsqueda humana, y la verdad científica, la verdad de los métodos experimentales que, con frecuencia, se ofrece como completa, autosuficiente y sustitutiva de la verdad religiosa. Muchas veces, sus nuevos profesores de la Universidad abren una lucha en la conciencia del joven entre aquella verdad del colegio, que ahora tal vez luce débil, sentimental y gratuita, y la verdad de la Universidad, la verdad madura, comprobada, científica, brillante, la de los premios Nóbel. Hay profesores (gracias a Dios, no todos) interesados en establecer una incompatibilidad entre los estudios de la Física Nuclear, los avances de la Biología o los descubrimientos de la Psicología profunda, y la verdad religiosa. No pocas veces, salen derrotadas o al menos gravemente heridas las creencias religiosas. La sola presencia de un sacerdote competente (también de seglares abiertamente católicos) en cátedras de Biología, Psicología o de Física Nuclear disipa las aparentes dualidades que torturaban al joven.

Este problema no es exclusivo del joven proveniente de colegio católico. Lo padece también el liceísta, aunque a su manera. Si ha tenido alguna formación religiosa vivirá una tensión semejante a la expuesta antes. Supongamos el caso contrario y más frecuente de que el liceo no le dio de la religión sino los brochazos rápidos y caricaturescos del "opio del pueblo", "retrograda", "reaccionaria", "obscurantista", "medieval", etc. Llega a la Universidad y choca de frente con la ciencia de un sacerdote que explica el evolucionismo biológico o dicta una cátedra de desarrollo económico. El corazón mismo de los dogmas de "slogan" barato que le grabaron en el liceo queda herido de una interrogante: "¿Como que hay curas que no son tan obscurantistas?" Y todos sabemos que la duda es el comienzo del abandono del error...

De manera que no podemos menos de defender que el ejercicio de la docencia de una materia profana brinda al sacerdote una magnífica veta de apostolado con la juventud estudiosa. Claro está que no pocas veces se despreciará esta oportunidad, pero esto no se debe a carencia de posibilidades cuanto a fallos personales que son el sello de toda obra donde trabajan los

hombres. El Concilio Vaticano II, en los párrafos arriba citados, invita a todo sacerdote-educador a hacer un examen de su dedicación primordial al ministerio sagrado.

Los colegios, ¿capitalistas de las riquezas espirituales?

Aun admitida la existencia de sacerdotes que se dedican a la enseñanza, no se acallan todas las objeciones contra ellos. ¿Es necesario que sean tantos? ¿Es admisible que se replieguen al alegre y tranquilizador ambiente de los colegios católicos donde se educa solamente el 16% de la juventud venezolana? ¿Y el 84% de los liceos que se educan prácticamente al margen del redil de Cristo?

Plantear este problema no es aceptar que los colegios no sirven, que son un refugio cómodo. Sabemos que se trabaja y mucho. La Iglesia venezolana realiza una gran labor por medio de sus colegios. Para convencernos de ello bastaría recorrer las listas de los principales dirigentes de la mayoría de las agrupaciones que llevan algún matiz cristiano.

Lo que tratamos de ver es si el bien que se hace no supone la omisión de un bien mayor que se debería hacer y se podría hacer sin descuidar los colegios.

En primer lugar hay en algunos colegios sacerdotes que no son indispensables y que están haciendo gran falta en los barrios y en los liceos. Cuando hay trincheras exclusivamente sacerdotales abandonadas y, por otra parte, hay sacerdotes donde podrían trabajar muy bien los seglares católicos, la sustitución se impone. Los colegios deben hacer lo posible por marchar con el mínimo de sacerdotes distribuidos estratégicamente en los puestos claves para modelar las almas juveniles. No porque de lo contrario no se trabaje, sino porque esos sacerdotes, de que pueda prescindir el colegio, están hipotecados por miles de almas vacías de toda atención espiritual.

Hay que reconocer con toda sinceridad y humildad que en los colegios, lo mismo que en las parroquias y en otras actividades católicas, los seglares no han ocupado

el puesto que les corresponde. Tal vez nadie tenga la culpa de esto, puesto que cada realidad tiene su momento histórico. Hoy pocos profesores seglares de colegios católicos tienen la conciencia de estar comprometidos a fondo en una labor apostólica. No basta dejar esto a la iniciativa y a la buena voluntad (que no suele faltar) del profesor secolar. Hay que fomentar su sentido apostólico y abrirles el corazón a la ancha y profunda tarea de la formación de líderes cristianos de esas minorías que integran los colegios católicos.

Hoy en la Iglesia ha sonado la hora de la mayoría de edad de los seglares. El Colegio, con el capítulo de los laicos de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia en las manos, debe dar orientación, responsabilidad y aliento a los laicos apóstoles desde su cátedra.

Permítasenos a este respecto traer una cita reciente del P. General de la Compañía de Jesús: "Ayudémosles (a los laicos) a asumir en nuestros colegios responsabilidades más y más importantes, y para este fin no dudemos en renunciar al ejercicio personal de ciertos cargos que pueden ser de la competencia de esos colaboradores laicos. Con toda sinceridad y con un gran respeto para con su propia vocación, pongamos a su disposición todo lo mejor que tiene la Compañía en sus tradiciones espirituales y pedagógicas, en su fidelidad a la Iglesia. De este modo les concederemos el que puedan ser, según las insistentes directivas del Concilio, apóstoles auténticos unidos a nuestro propio apostolado." (Carta a los PP. Jesuitas de Francia que trabajan en los colegios, 25 de agosto de 1965.)

Esta integración de los laicos al apostolado de los colegios permitirá abrir un campo de trabajo todavía casi abandonado. Nos referimos al trabajo espiritual con los liceístas. Como cristianos tienen derecho a la luz del Evangelio, la buscan consciente o inconscientemente y, sin embargo, son rarísimos los Padres que están dedicados a su atención. El problema es grave y urgente. El noventa y pico por ciento de los venezolanos se cuentan como cristianos. El 50% de la población total, los jóvenes de hoy, la Venezuela del mañana, está en período de educación. Frente al minúsculo grupo de quienes

reciben educación católica cierran filas los que se forman sin Dios o contra Dios. Las estadísticas en este caso no engañan... y trazan una interrogante dolorosa sobre el futuro religioso de nuestra Patria.

¿Por qué no hacemos todos, sacerdotes diocesanos y religiosos, un esfuerzo para, a las órdenes de la Jerarquía, acercarnos un poco al diálogo con el medio liceísta? Se impone estudiar las necesidades de la población estudiantil total y establecer en cada ciudad una o varias residencias de dos o tres Padres que ofrezcan a los liceístas la atención religiosa y humana que necesitan y piden. Naturalmente, este apostolado de penetración requiere un nuevo estilo y no todos los sacerdotes están preparados para él, pero los hay dispuestos.

Me voy a permitir hacer respetuosamente una sugerencia concreta: ¿No convendría que la Jerarquía pidiera, como lo hizo el llorado Mons. Arias con respecto a la Misa dominical en los barrios, a todos los religiosos sacerdotes que tienen colegios, que por cada colegio abran una residencia de apostolado con liceístas, mantenida por dicho colegio? Naturalmente, esto supone una planificación previa que, por otra parte, no se ve difícil. Lo mismo podríamos decir de las religiosas. ¿Por qué no se le pide a cada colegio que dedique a tiempo completo a dos religiosas que viven en él a dar instrucción religiosa en los centros de primaria? Así ellas formarían en sus colegios grupos de jóvenes catequistas que serían sus mejores auxiliares. Por su parte, el clero diocesano tomaría parte en este trabajo planificado.

Naturalmente, los dificultades de escasez de sacerdotes, de adaptación, de penetración, etc., son muy reales, pero no invencibles. La urgencia del problema exige una seria revisión y esfuerzo. De lo contrario, seguiremos concentrados en los colegios al cuidado de un reducido grupo, con el agravante de que sociológicamente estos grupos no son los más aptos para ser los forjadores de la nueva Venezuela, puesto que no pocos pertenecen a la burguesía acomodada (con esto no queremos emitir un juicio de valor, sino constatar simplemente un hecho sociológico), que no es aceptada por la mayoría como directora de la futura sociedad.